



IX.

En el tren.



¡Qué velocidad...!

Ayer estuve en Barcelona, hoy en Valencia, mañana estaré en Sevilla y luego en Cádiz.

¡Qué velocidad...!

Todo pasa rápidamente ante mis ojos: las agrestes colinas, las escarpadas montañas, los valles deliciosos, la corriente de los ríos, los campos sin cultivo, las rocas peladas, los huertos vestidos de hermosura, las ciudades, los pueblos y las gentes... todo pasa con rapidez asombrosa.

¡Triste, pero verdadera imagen de la vida!

Cuando yo vine al mundo, hallé mi casa llena de gente; abuelos, padres, tíos, hermanos y allegados de la familia.... cuánta gente, Dios mío! Y ya casi todos se fueron; pasaron ante mi vista con la misma velocidad que pasan esos palos del telégrafo; huyeron, como huyen esos árboles que á mis espaldas dejo; y hoy, si volviera á ella; sería forastero en la casa donde nací, peregrino y extranjero en el pueblo de mis padres. Allí sólo vería niños que pasan á mozos, mozos que pasan á hombres, hombres que pasan á viejos y viejos que pasan á muertos. La muerte es la última estación de la vida, como Cádiz es la última estación de este tren en que viajo.

\*  
\*\*

¡Qué compasión me inspiran los infelices que vienen en ese vagón! Estamos cerca de Córdoba y preguntan si hemos entrado en Andalucía. Tres veces me han dicho ya si sé donde se cambia de tren para ir á

Málaga. ¡Pobrecitos! No saben por donde andan. ¡Si al menos supieran á dónde van por el camino de la vida...! ¡Si ya que me preguntan por la vía de Málaga, me preguntaran también por la vía del cielo, de qué buena gana les enseñaría yo este camino!! Quizás van caminando por las vías anchas de la perdición.... tal vez desconocen el camino de la gloria; y preguntan por la vía en cuyo término sueñan ellos encontrar un pedazo de felicidad temporal, y no preguntan por el camino que conduce á una felicidad inmensa y eterna. ¡Qué dolor!

\*  
\*\*

¡¡Horror!! ¿Qué oigo? ¡Ave María purísima! ¡Bendito sea Dios! ¡No me había engañado! ¡Acaban de proferir una blasfemia horrible, soez, asquerosa y satánica! ¡Perdón Dios mío! No hagas caso, Señor, de las palabras de un pobre loco: oye en cambio el himno universal que la creación te entona: A tí te alaban los globos que pueblan el

espacio, las estrellas que tachonan el firmamento, el claro sol, oculto ahora tras ese tupido velo de compacta niebla.

A tí esas nubes que en confuso tropel se agitan, recorriendo el horizonte.

A tí el relámpago que serpea entre las nubes, el trueno que ensordece los espacios y el rayo que calcina los robustos pinos del bosque.

A tí esos pajarillos que amedrentados por la tormenta huyen á esconderse entre las ramas.

A tí esa misma tempestad que con horroroso estruendo publica tu grandeza.

¡Cuán grande eres, Dios mío!

El cielo y la tierra te bendicen; tus glorias las canta la creación entera en concierto universal, y en ese universal concierto sólo se oye una nota discordante, la del impío que con torpe labio blasfema tu nombre sacrosanto.

Señor, no hagais caso de la insolencia de ese pobre loco, y oid en cambio el himno de amor que la creación canta á vuestra gloria!

\*  
\*\*

Empieza á lloviznar: esas gotas de agua que caen de las nubes me parecen lágrimas de la creación que llora la ingratitud de los mortales. Las aves han suspendido su amoroso canto, la naturaleza parece acongojada; es triste el gemir del viento, cual si quisiera contestar con un suspiro de amor á las blasfemias del impío.

La niebla se levanta allá en lo alto de la sierra, semejando las ondulaciones del humo que sale de los incensarios al pie del tabernáculo; y las montañas, Señor, parecen un altar misterioso donde la naturaleza, reconociéndote por su autor, quema incienso, y te rinde tributos, proclamando en alta voz que tú eres el Dios altísimo infinitamente Santo. *Tu solus Sanctus, tu solus Dominus, tu solus Altissimus!!!*

Señor, escucha este himno de la creación y no hagás caso de las blasfemias de un loco.

\*  
\*\*

Cien pueblos he visto de ayer á hoy, en todos ellos ha llamado mi atención la mágica torre cristiana, elevándose á las alturas, como si quisiera mostrar á los fieles el camino del cielo; esas torres me han indicado los lugares donde yace prisionero de amor el Hijo del Eterno.

¡Jesús de mi alma! ¡Hijo de Dios vivo! Al pasar por delante de esas torres, te he saludado con júbilo de mi corazón, te he mandado un suspiro de amorosa gratitud, y he deseado unirme á tí, Víctima preciosa, que con tu sacrificio de valor inmenso detienes el brazo justiciero del Padre, para que no descargue sobre el mundo la indignación divina que nuestras culpas provocan. ¡Cordero de Dios! ¡Redentor de los hombres! ¡Esposo de las almas! Ven á la mía y hazla sentir tu presencia regalada.

Angel de blancas alas, celestial compañero de mi vida, espíritu amable á quien

Dios encomendó mi guarda, dile á tu Dios y á mi Dios que suspiro por verle; que soy peregrino en este mundo, donde paso los días envuelto entre pesares y las noches entre lágrimas; dile que quiero amarle, que hiera mi pecho con el dardo de su amor, y así se me hará menos largo y fatigoso el viaje de la vida,

\*  
\*\*

El tren disminuye su marcha; voy llegando al término de mi peregrinación, y está ya cerca la estación donde he de quedarme. Preparemos la maleta para bajar con reposo; pero ¡ay alma mía! Tal vez está cerca también la estación de la muerte, donde dejaremos el tren de la vida. Apenas pare el tren del tiempo, comenzará á correr el de la eternidad. Preparemos el equipaje, tengamos el billete á mano y no vayamos á perder el tren de la gloria, ó á equivocarlo con el del infierno.

Angel de blancas alas, celestial compa-

ñero de mi vida, no me dejes de tu mano, y al bajar del tren de la vida en la estación de la muerte, condúceme á la ciudad eterna, donde desea acabar sus peregrinaciones este pobre peregrino.



X.

En mi soledad.



¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Esto es hecho! Los cristianos se han vuelto locos. ¡Pobres hermanos míos! O han perdido la fe ó el juicio y la razón. Perder el juicio y la razón es manifiesta locura: perder la fe es locura menos manifiesta, pero más grande: y que han perdido una de esas cosas ó ambas juntas, lo están diciendo sus obras. Sólo así se comprende que miren con tanta indiferencia su eterno porvenir y su dicha eterna; sólo así se explican sus afanes por amontonar riquezas para esta vida que necesariamente han de abandonar mañana, y su descuido en

atesorar bienes para la otra vida que ha de durar para siempre. ¡Cuántos lamentos por la pérdida de los intereses caducos y perecederos! ¡Y cuántas risotadas por la pérdida de los tesoros celestiales y eternos! Muchos pierden la quietud y el descanso y el sueño y la salud por evitar una desgracia temporal, una sombra de desgracia: y nadie se mueve para apartar de sí una desgracia inmensa y perdurable. Antes al contrario, muchos se echan encima esa inmensa desgracia, sin llorarla ni sentirla, y tal vez con estúpida alegría acompañada de frenéticas carcajadas. ¡Qué insensatez! ¡Qué locura! ¡Pobres hermanos míos!

\*  
\* \*

Lo ven mis ojos, lo toco con mis manos y me resisto á creerlo: ¿Es posible tanto delirio? Navegantes en el revuelto mar de la vida humana, lloran delirantes, porque no naufragan ni perecen en la tempestad, ni los absorbe el abismo entre sus amargas

olas: luchadores y guerreros en la tremenda y sangrienta batalla de la vida, gimen con estolidez, porque no son vencidos ni caen prisioneros en manos del enemigo cruel, que los ha de atormentar en perpetuos tormentos. Desterrados de la patria celestial y peregrinos en los desiertos de este mundo, se lamentan porque no se pierden, y después de perdidos se gozan en su perdición y en vivir alejados del camino del Cielo. Ministros y vasallos tuyos, se entristecen, ¡oh Rey del Cielo! cuando no pueden cometer un pecado que los hace incurrir en tu indignación y dignos del último suplicio. Hijos tuyos, Padre Omnipotente, Padre amorosísimo de mi alma y el mejor de todos los Padres! hijos tuyos, te desprecian y se gozan, ¡insensatos! en un desprecio que les quita la herencia de tu gloria y les acarrea todas las infamias y todos los tormentos imaginables, por toda la eternidad. ¡Pobres locos! Se quejan, lloran, gimen y se desesperan, porque les faltan medios de pecar y perderse eternamente.

\*  
\*\*

Eternamente! eternamente!! Eternamente feliz ó eternamente desgraciado: he aquí el destino del hombre, dejado á su elección. Dicha eterna ó eterna desventura; y muchos con horrible indiferencia escogen su eterna desgracia. Qué estupidez! y los que escogen la felicidad suprema, se la juegan después por vana fruslería ó la cambian por una vil satisfacción, por un placer asqueroso. Esto, mi Dios, pasa de locura, ó es locura sin nombre, frenesí incalificable, sin epíteto adecuado en las lenguas de los hombres. Creer estas verdades en sano juicio, y vivir los hombres como viven es un misterio inexplicable. ¡Pobres hermanos míos! ó han perdido la fe ó la razón. Si lo primero, están enloquecidos; si lo segundo, locos; si han perdido las dos, doblemente locos; y si no han perdido ninguna y viven en pecado, entonces su locura es monstruosa y descomunal, el *non plus ultra* de las locuras.

\*  
\*\*

Si las verdades de fe que conocen los cristianos las conocieran los montes escarpados, los yermos solitarios, los bosques incultos y los profundos valles, parece que la soledad se llenaría de espanto, se partirían las piedras y se conmovrían las fieras de los montes. Y los cristianos no se conmueven, ni dan muestras de sentimiento; antes bien se ven arrastrados hacia el infierno por sus culpas, y se dejan arrastrar gustosamente sin dar un grito de socorro, ni pedir ayuda á nadie. ¡Qué dolor! Corren en derechura al abismo de todos los males, y van saltando, riendo y bailando por el camino. ¡Pobres locos! ¡Quién pudiera detenerlos en su carrera de perdición! ¡Quién pudiera hacerlos volver atrás y meterlos en razón! Angel exterminador, ministro de la ira del Eterno: ántes que se llene la copa de la venganza divina, ponte delante de esos hermanos míos desatentados, y blan

diendo la fulminante espada, grítales con rostro adusto y voz de trueno: Atrás! almas ciegas, que estáis al borde del abismo! Detenéos, insensatos, que vais á caer en el fuego eterno! Atrás, desatinados, que os perdéis para siempre! Atrás, infelices, que la pasión os ciega, y perecéis sin remedio; atrás! atrás!

\*  
\*\*

Pobres hermanos míos! ¿Quién los ha puesto en ese camino? Quién los empuja por él? Por qué se habrán empeñado en perderse? por qué te ofenden, Padre mío, y Dios mío? Acaso por ganar un cielo mejor que el que Tú nos prometes? Por librarse de unas penas mayores que las preparadas por tí para castigo del pecado? Nó! no! sino por evitarse una ligera molestia endulzada por Tí con delicias del Cielo, ó por gozar de un gusto miserable indigno del hombre racional. Por eso y sólo por eso te ofendemos los insensatos hijos de Eva. Qué locura! qué infamia!

\*  
\*\*

Majestad de Dios despreciada, Justicia divina ofendida, Bondad eterna vilipendiada, Amor infinito escarnecido, Sangre divina pisoteada... Qué delitos! Qué crímenes! Dios mío! ¡Con cuánta razón estará airado tu brazo vengador para castigar á la humanidad culpable! ¡Cuán merecido tiene que descargues sobre ella tu justa indignación! Ya veo en los aires la copa de tu ira rebosando castigos; y..... vendrá el trueno ensordeciendo los espacios, y el rayo derribando altas torres, y la lluvia inundando los campos y las ciudades! Vendrá! vendrá el terremoto sacudiendo los cimientos de la tierra, y sepultando entre escombros al hombre y á sus viviendas. Vendrá la esterilidad sobre nuestro suelo y tras ella el hambre y la desolación. Vértigos de furor dominarán en los pueblos y la sangre correrá á torrentes por los campos y las calles. El Angel del exterminio tenderá su



vuelo por el espacio, llevando en sus alas las epidemias, el espanto y la muerte repentina. Eso y más merece el mundo, Señor! el mundo que te desprecia y ebrio de furor se levanta contra tí.

\*  
\*\*

Perdón, Dios mío, perdón! No lo merecemos, Padre de mi alma! ni somos dignos de él; mas por tus entrañas de misericordia trátanos como á locos, y haznos entrar en razón. Envía tu espíritu sobre el mundo y renueva la faz de esta tierra envejecida. Venga tu luz á iluminar nuestras tinieblas, y tus gracias á purificar nuestros corazones, única medicina para curar la locura del hombre pecador é impío.



XI.

### En el Campo Santo.

**H**oy es el día de los difuntos: ¡Hasta los difuntos tienen su día! Y es menester felicitarlos. Para eso he venido aquí, á la casa de los muertos, donde hay lugar preparado para todos los vivos. ¿Cuándo tendré que ocupar el mío? ¡Tal vez pronto! Y pues entonces no podré hacerme cargo de mi morada, voy ahora á contemplarla, voy á examinar el palacio de la muerte.

¡El cementerio! Soledad tristísima y vacío inmenso siente el alma al cruzar sus ca-